

EDMUNDO JUÁREZ

LA VERDADERA HISTORIA DEL
PRIMERO DEL HOMBRE DE LA TIERRA
EN EL IMPERIO DE TAVASCO
LEJANA DEL ASENTAMIENTO

LA VERDADERA HISTORIA DEL
ASENTAMIENTO PRIMERO DEL
HOMBRE DE LA TIERRA LEJANA
EN EL IMPERIO DE TAVASCO

CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2021-2024

COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial
2022-2024

Yolanda Osuna Huerta
Rosa María Romo López
Aurora Kristell Frías López
Nelly García Ferrer
Emilio Ygartua y Monteverde
Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Luis Alberto López Acopa

LA VERDADERA HISTORIA DEL
ASENTAMIENTO PRIMERO DEL
HOMBRE DE LA TIERRA LEJANA
EN EL IMPERIO DE TAVASCO

EDMUNDO JUÁREZ



Primera edición, 2023

ISBN: 978-607-59456-7-5

© Municipio del Centro

Av. Paseo Tabasco, número 1401

Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

El jurado del Premio Municipal de Cuento “Doña Gaba” Gabriela Gutiérrez Lomasto 2023, estuvo integrado por los escritores Fernando Abreu, Kristian Antonio Cerino Córdova y Rebeca Díaz Suárez.

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

La memoria escrita es fundamental para la preservación, identidad, bienestar y desarrollo de los pueblos. Filósofos, historiadores, científicos, académicos, grandes hombres y mujeres, desde el inicio de los tiempos, nos han nutrido de palabras que se han transformado en ideas, acciones, fuentes de conocimiento, derechos, normas..., todo lo que nos rodea tiene que ver con la palabra. Confiados en el pleno y libre ejercicio de la palabra para fortalecer los valores de la sociedad, en el Gobierno de Centro promovemos su uso y divulgación.

Conforme a lo establecido en el Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024, creamos el Fondo Editorial del Municipio de Centro, con una normativa editorial afín a los nuevos tiempos. En este marco, impulsamos diversas colecciones editoriales y publicaciones que, además de contribuir a promover la lectura, preservan y enriquecen la identidad local.

Los libros que a través del fondo editorial ponemos a disposición de los habitantes, fortalecen los acervos de nuestras bibliotecas, amplían las ventanas del conocimiento y, al ser vehículos transmisores de cultura, dan cauce a la transformación social.

En esta ocasión, ponemos en sus manos obras que son fruto de los certámenes municipales de Cuento “Doña Gaba”, Gabriela Gutiérrez Lomasto; Poesía “Teodosio García Ruiz”, y Dibujo Infantil “Guayacán & Macuilí” y Fotografía Israel “Chato” Zúñiga, en su edición 2023, realizados en el marco del Festival Guayacán & Macuilí. En ellas, se encuentran historias, versos e imágenes de las diversas voces que confluyen en nuestro municipio.

Abrazar la cultura es escribir y leer, pero también conocer e imaginar. Fomentar el hábito de la lectura e impulsar actividades culturales y artísticas no es pasatiempo ni trabajo vano, sino el medio por el cual las aspiraciones, las ilusiones, los sueños y los deseos de cada uno de nosotros se fraguan.

Yolanda Osuna Huerta

LA VERDADERA HISTORIA DEL
ASENTAMIENTO PRIMERO DEL
HOMBRE DE LA TIERRA LEJANA
EN EL IMPERIO DE TAVASCO

EDMUNDO JUÁREZ



RELATORÍA ACERCA DEL TESORO

Por orden real, Sir Roland Shoumeen, fue nombrado “relator de todo acontecimiento extraño” que sucediera en las nuevas rutas marítimas, así fue como se concibieron los dos tomos de los “Libros Viajeros” los cuales se encuentran resguardados en los estantes más altos de la biblioteca central de la Villa de Cuellar, provincia de Segovia en la Madre Patria.

En una de sus notas, Roland relata que: “en el imperio de Asia, escuché acerca de otras extrañas y lejanas tierras llenas de incalculables riquezas donde las hembras de los ovíparos y fieras de piel más exquisita que la de los zorros plateados que portan en sus cuellos reinas y condesas , hacen nidos con filigrana de oro y piedras preciosas, cunas salvajes que conservan celosamente vigiladas las hembras, ya sea bajo tierra o en lo más alto de los árboles y al nacer las crías, el fastuoso “moisés” es abandonado.”

Se dice que los testimonios de Shoumeen incitaron la ambición de bandidos, piratas y

algunos reyes, quienes agruparon a navegantes jóvenes y fornidos para hacer frente a esas salvajes criaturas y buscar esos tesoros.

Sabiendo que la toda hueste de asaltantes estaría ocupada en las maravillas dictadas por Sir Roland, el Papa contrató a los hermanos Mendizábal, marinos sanguinarios, dueños del espléndido navío La Virgen del Carmen y creyentes fieles de la causa pontifica, para realizar una secreta encomienda: deberían, en nombre de “Cristo resucitado”, entrar a las bóvedas de la pagana “Abadía de Westminster” para recuperar y resguardar el más valioso tesoro de todo el nuevo testamento, así lo mantendría en santo resguardo.

Para la tripulación de los Mendizábal, bastardos casi beatos a los ojos del Papa, la tarea resultaba fácil: primero, asaltar la bóveda norte de la Abadía de Westminster donde en 1303 Eduardo I ocultó la diadema de Llywelyn ap Gruffydd para hacerla pasar por robada (tesoro que fue propiedad del último monarca de Gales a quien Eduardo I derrotó en 1284) y que dejó en medio de dos clavos, auténticos, con los que fuera crucificado Jesús el nazareno. Y segundo, tomar una ruta alejada de los piratas costeros de los que a la

postre fueran los territorios de los Países Bajos, Portugal y Francia para finalmente, regresar con los clavos a resguardo papal, la diadema y otras reliquias que lograran obtener, serían un pago extra a los Mendizábal.

Toda Europa y Asia antes del tiempo de Colón, tuvieron conocimiento de la feroz estirpe Mendizábal, de su tripulación compuesta por asesinos y exconvictos, confesos, arrepentidos e impíos por papal indulgencia plenaria y de lo secreto de su trabajo a huestes del Pontificio. Pero de la misteriosa desaparición de la flota entera junto con lo que fuera su santo encargo, de eso nadie supo más nada.

Algunos historiadores creen que, sin precisar qué tipo de tragedia ocurrió al navío de La Virgen del Carmen, sobrevivieron dos o tres elementos de su tripulación y llegaron a la tierra que fuera después llamada “La Nueva España” y que ahí los nativos les dieron refugio a los sobrevivientes y estos les enseñaron las artes de la guerra. Lo anterior se piensa ya que el primer cronista de Indias informó a los reyes católicos que “cada ser de esta selva no le tiene miedo a nada. Esos hombres de piel mascabada, nunca ponen lágrimas en sus ojos cuando sus hijos y esposas son amasados con

le herrería equina y nunca se quejan, aunque los corceles masquen con sus grandes dientes sus cuarteados pies y valentonadas como esta, sólo se habían visto entre los graduados de los hermanos Mendizábal”.

Fray Mussian van Pasten, relator franciscano que cayera de bruces por la mordedura de una serpiente a treinta y tres días de haber desembarcado en la Nueva España, escribió en sus cortas memorias: “no tengo explicación de como los habitantes del pantano primitivo, con perfección y orgullo siniestro, han reproducido mortíferas armas católicas. Pero todo mal tiene castigo divino y a los hombres salvajes y ciegos de la fe, Dios no les concede filo a sus armas y hasta los zopilotes se niegan a engullir sus vísceras cuando mueren”. Y ese reporte de Mussian Pasten, fue pretexto para que el Papa, enérgico, instruyera al reinado de España, a buscar rastros de los Mendizábal en esas tierras. Se bendijeron muchas tropas para lograr la conversión de los salvajes y claro, para recuperar el tesoro que sólo él, la Reyna y un puñado de arzobispos, conocían.

Años más tarde, posterior a la edificación de las colonias en la nueva tierra, un personaje ilustre, arquitecto y diseñador industrial

favorito del papado, Luigi Serafini, en su libro *Codex Seraphinianus*, dibujó con trazos llamativos a las nuevas especies encontradas en el nuevo mundo y entre algunas rarezas, dibujó una gran cabeza de piedra encontrada en el que fuera el imperio de Tabascoob, extensión pantanosa de tierra negra, donde reinaban mosquitos, lagartos y mujeres de prominentes caderas pero de pies anchos. Se trataba de un monolito gris de nariz ancha, mirada en estrabismo y en ese dibujo, Luigui trazó a un niño nativo con una caja de madera a leguas fina bajo sus pies.

El dibujo fue revisado con lupa por Manuel De Ibarra, antiguo comendador de Zaragoza, general retirado, quien fuera primer viceministro del interior y luego responsable de los asuntos clérigos fuera de España. A De Ibarra le brillaron los ojos cuando descubrió un sello en esa caja y entendió que la historia del navío perdido y del valioso cargamento, era cierta. El general retirado no disfracó su ambición y le confió lo hallado al Papa Pio VI, quien además de darle su personal bendición, también le dotó de un bello navío listo para zarpar del Puerto de Palos, cien monedas de oro, veinte esclavos negros, diez moros y doscientos quintales de seda, pero nada de

ese cargamento o tripulación llegó a la Nueva España, pero lo que sí llegó a los oídos de todos los bandidos y piratas fue la leyenda de un tesoro perdido y de una extraña maldición que caería a quien lo encontrase.

A finales de 1799, los buscadores de tesoros ubicaron en un estero poco profundo en las costas de Belice, la embarcación de Manuel de Ibarra. No hallaron nada de valor, sólo algunos esqueletos y varias cartas escritas a mano con tinta negra en trazos de seda, extrañamente en perfecto estado. En esas cartas, algunas hoy custodiadas por el Vaticano y otras anexadas para perderse en la imaginación de “Libros Viajeros” en observación vigente del “Concilio de Trento”, se puede leer la suerte de los hermanos Mendizábal y de su navío La Virgen del Carmen, transcrita por alguno de su estirpe o quizás inventada.

RELATORÍA ACERCA DE “LA VIRGEN DEL CARMEN”

Se cuenta que la construcción de La Virgen del Carmen fue costeada con joyas familiares de Isabel de Portugal, reina consorte de Castilla, esposa de Juan II. La embarcación fue regalada al capitán Juan de Mendizábal “El Vasco” y a sus tres hermanos por sus primeros años de impecable y leal servicio. Para esta nueva encomienda, el Papa derretió cera pascual para colocar su sello de armas sobre una fina caja de madera de árboles crecidos en el monte de los Olivos, donde habrían de poner el tesoro y la entregó a Juan De Mendizábal en la sala de embajadores, ubicada en el centro del Puerto de Setúbal en la quinta jornada del mes de agosto de 1409.

La Virgen del Carmen no tenía igual. Comparada con todas las navegaciones ancladas en puerto, esta era un poderoso navío. Presumía de una bella eslora y una amplia manga. Cuando toda la tripulación se reunía en el francobordo, el calado no representaba riesgo alguno, ni en la proa, ni en la quilla. Ingenieros vieneses construyeron

la toldilla y el mascarón con nuevos materiales, además, colocaron una gran lámpara de aceite en el sitio del bauprés y viajaban en armonía a pesar de ser una babel flotante.

A decir verdad, Juan el mayor de los Mendizábal, no había nacido con escudos de marinero. Fue admirador de Jofre Tenorio y copió a la perfección sus acciones en la invasión de Almohades. De joven fue apresado por robar una bagatela. Duró un año en la obscura mazmorra de Constantinopla. El Vasco por sus habilidades y fiereza, ocupó el cargo de “espía real” por veinte años y junto a sus dos hermanos, quince esclavos negros, dos amarillos de la China y un moro pelirrojo, todos mercenarios, fueron responsables de adquirir una incalculable riqueza que logró financiar barcos, armas, monasterios, conventos y otras necesidades de España y de Roma. La tripulación aseguró bendiciones y exhortaciones que de haberse encontrado sus cuerpos, hubieran sido canonizados y enterrados bajo el púlpito de alguna basílica en Roma o en Francia.

Los Mendizábal fueron honorables emisarios marinos, muy hábiles de espada y ágiles de pies. Se movían tan rápido en tierra como

en mar abierto y siempre muy observadores de la ley celestial, mantenían a Dios por guía en cualquier encomienda por lo que pasar por tierras de la Britania fue cosa sencilla. Entraron y salieron de la abadía sin agregar nada al plan inicial, todo fue guardado en la caja de madera. Nunca había sido tan fácil otra encomienda así como sacar un ostión de almeja joven. Para el regreso, usaron los mapas del portulano Bartolomé Colón, buen dibujante pero codicioso marinero del reino de Navarra cuyo trabajo cartográfico era un riesgo y así fue que apenas a una semana de navegar, perdieron el rumbo.

El Vasco pasaba las horas contando en silencio las furiosas olas que pisaban la quilla. De vez en vez cuestionaba al cielo: ¿de dónde provenía la rara naturaleza por dominar el mar? Insensato don para los humanos. Le parecía muy extraño que durante esos días, no hubiera abanderado sobre el erguido mástil un arcoíris, efecto normal al rodear la costa del Portugal. Para los asiáticos a bordo, no ver un arcoíris en cada trayecto significaba un mal augurio, para los no creyentes nacidos en Constantinopla, al igual que los expulsados de Bursa, no ver un arcoíris significaba que los dioses creadores menguarían la fortaleza de su espíritu.

Cada tarde sobre cubierta, subían al cielo una docena de plegarias en varios idiomas y aumentaban su volumen apenas amenazaba un cardumen de nubes negras.

—¡Qué espectáculo! ¡Truenos poderosos para advertir el fin del mundo! —exclamaba El Vasco frente a cada intento de tormenta que les diera cobijo.

—Así se forman los marineros: ¡mamando olas! —contestaba el cocinero húngaro, medio pillao y ateo, que un día hastiado de lamentos, silenció a todos los rezanderos blandiendo un grueso sartén francés.

—¡Mirad lo fácil que es perderle el miedo a la espuma negra de Dios! —y pegaba golpes secos al palo tridente.

El hermano menor de El Vasco que llegó a consagrado, Francisco de Mendizábal, pensaba que no había posibilidad de que les mordiera una calamidad ya que un día antes de partir, el Cardenal de Mendoza bendijo por aspersion a todos los hombres que subirían a La Virgen del Carmen, todos caminaron dos veces bajo el rocío santo sin embargo, el contramaestre, después de naufragar y deteniendo sus intestinos con la mano izquierda, confesó que

la mitad de los marinos habían sacudido su cabeza para evitar que el santo rocío tocara sus coronillas y que el encargado del palodado como buen ateo, había cerrado sus ojos y su boca para que esa imitación del agua del Jordán no fuera absorbida por sus entrañas, y si hubieran bebido, hubiese pasado lo mismo porque todo buen navegante sabe realizar ejercicios vesicales para vaciar de inmediato la vejiga. Así entonces, ni la bendición del primer Vicario, ni la unción de los pies del capitán en la cena de despedida en el puerto de Cádiz, evitaron las quince tormentas que arremetieron furiosas contra la costosa embarcación.

La tormenta número siete fue la que deshojó las rosas náuticas impresas en los libros navegantes. Confundieron la ruta en los mapas, los catalejos se estrellaron. Trastornó el vuelo de peces diablo sobre sus cabezas, vieron árboles fantasmas sembrados en las crestas de las olas. Algunos hombres perdieron la razón, otros parecían bardos con pies de plomo sin canto ni verso en las lenguas.

Para cuando les abrazó la tormenta número trece, olas y tripulación no paraban de golpear la boardilla, gritaban, gemían, bramaban. Los

habitantes hambrientos del mar percibían su miedo. El Vasco calmó el hambre crustácea arrojando a las olas a los hombres sin paz en el espíritu, sólo así dejaron de acosarles los tiburones y logró el silencio entre los navegantes por unos días.

Hombres y tova resistieron hasta que una mañana muy fría, el cielo despejado pareció darles la tregua de Neptuno, pero antes del mediodía, de nuevo el miedo se dibujó en el rostro de los que aún quedaban vivos, repentinamente les abrazó la quinceava tormenta.

RELATORÍA ACERCA DE LA MUERTE “DE EL VASCO”

Muy legible se lee, en una de las cartas sin firma autógrafa halladas entre los restos de la embarcación de Manuel de Ibarra que naufragara en las costas de Belice, la historia de una triste mañana cuando El Vasco valiente marinerero, murió.

Después del amén de Dios al inicio del día, les golpeó por sorpresa desde el noroeste la quinceava tormenta. Con la tripulación disminuida y deslenguada por el miedo, fue difícil que allá en el cielo pusieran atención a sus lastimosas plegarias, el aumento en el volumen de los truenos opacó la oración grupal y sabiendo que no existe súplica que ofrezca complacencia a la furia divina, llegó el inminente quiebre de la quilla y la proa, El Vasco tomó con su gran mano el ancho hombro de su hermano menor y le pidió acompañarle a su inundado camarote. Rompió con sus manos ensangrentadas los mapas firmados por el cartógrafo de la casa de los Vespucio, juntó varias joyas dispersas por el suelo, luego extrajo de su escondite el

santo encargo. Abrió la caja para persignarse con los dos clavos santos, tomó un puñado de joyas, una carta sellada con cera bendita y todo fue envuelto en un cuarto de perca de seda de la bella ciudad de Marruecos y como quien brinda arrullos para un recién nacido, lo postró dentro de la bella caja girando dos vueltas completas al cerrojo y la pequeña llave de oro que colgaba de su cuello, la trasladó al de su hermano.

Diez minutos de intensa lluvia con fuertes vientos fueron suficientes para lanzar al mar agreste a casi toda la tripulación. El palo trinquete y el palo mayor que fueran ataviados con hermosas túnicas árabes, se encontraban ahora cubiertos de harapos. El tercer palo, llamado “mesana”, donde se sujeta la toldilla y sitio de honor para el estandarte, fue el primero en caer e inmisericorde, partió en dos el centro de la proa ya casi deshecha. Cuando el viento doblegó al tercer mástil, este explotó haciendo brincar al agua todos los objetos sobre cubierta, parecían gotas de potaje que huyen del plato cuando la pesada cuchara abate hambrienta sobre las patatas. Sin embargo, no se hundieron, los fuertes vientos los habían atascado en una bahía de poco fondo, anclaron a capricho de la tormenta.

Les arropó una obscuridad donde gobernaba el vaivén de las olas y hubo silencio hasta que un grito en medio del desastre, hizo reaccionar al menor Mendizábal. La espesa neblina del amanecer y el intenso golpeteo de oleaje sobre los restos del navío, no le dejaban ubicar de dónde provenía la voz de auxilio. Arrastró al hermano mayor con sus piernas heridas, arrebató sus pies de esa arena que se empeñaba en hundirle. Halló la playa y luego al cocinero, tenía una parte de la canastilla del vigilante sobre su pecho y moribundo, dijo en latín su nombre de pila y luego, en voz baja, cantó una canción de marineros. El Vasco con sus pocas fuerzas logró entonar esa lengua extraña. El hermano menor colocó sus manos sobre las mejillas del otro y le dio un beso en la frente.

En el momento que Juan de Mendizábal expiró, la luna y el sol se postraron unos segundos sobre su cuerpo inerte en ese pedazo de playa de arena negra donde habían atracado y al último suspiro, un puñado de nubes se disipó lentamente para dejarles ver a profundidad el sitio donde habían sucumbido. Del poderoso navío La Virgen del Carmen, solo quedaban cientos de trozos de madera regados por todos lados, miles de astillas santiguadas flotando sobre el agua turbia. El menor de los Mendizábal, lloró.

Pasaron tres minutos, miró hacia todos lados con las manos hacia el cielo, se enjugó las lágrimas y pudo distinguir entre la bruma la figura de Simón Raphaël Emmê María Van Herpen que se acercaba lentamente a donde él estaba y cuando se detuvo a un metro de distancia, pudo ver que ese musculoso cuerpo de tres varas negras de alto, sangraba de todos lados.

Simón Van Herpen era un marinero de sangre vikinga originario de Fríes, al norte de los Países Bajos, cuya habilidad con la espada había salvado a los Mendizábal más de una vez, sobre todo cuando se aventuraban a capturar tesoros para complacencia de los vicarios.

Caminó tambaleante hasta detenerse frente al cuerpo inerte de Juan, inhaló profundamente y apretó su garganta para arrojar a esa cara sin vida, una enorme flema verdosa impregnada con sangre. Esa fue su vikinga forma de brindar respeto y también, un furioso reclamo a esa tormenta que sin descanso, arrebatava de este mundo a un hermano marinero, su único amigo. Luego, Van Herpen, nuevamente llenó su pecho con ese aire furtivo y de su larga nariz, salió disparado otro moco amarillento, pegajoso. La playa protestó y respondió la

agreste visita con una sacudida desde sus entrañas. Tan fuerte el movimiento telúrico, que las altas palmeras arrojaron todos sus duros frutos para formar una línea sobre la arena.

Se volvió a cubrir el cielo con oscuras nubes y por primera vez, desde que abandonaron el puerto más sucio de España, Simón y el menor Mendizábal, únicos sobrevivientes, sintieron miedo.

RELATORÍA ACERCA DEL ECLIPSE

Se lee en otra carta de fina letra “bastardilla”, que Francisco Mendizábal y Simón Van Herpen, colocaron los restos sin vida de sus compañeros, lo más alejado de la espuma salada que vacilaba con entregar sus entrañas para festín de los grandes peces. Escogieron de ellos las mejores prendas, botas, dagas, herramientas y algunas joyas atadas a sus tobillos y muñecas. Al no hallar rocas suficientes dispusieron sobre los cadáveres hojas gigantes que nunca antes habían visto sus ojos. Dejaron enterradas con ellos docenas de pistolas y fusiles que sin municiones o pólvora, eran inservibles.

Avanzaron en esa arena hecha de negra espuma, oscura, ardiente, rasposa, y crepitaba al andar de sus pies. El calor penetraba la suela del calzado y llegaba hasta la garganta. Francisco inhaló profundamente y su mano izquierda acarició la hermosa caja de madera: el tesoro sellado con insignes pontificas grabadas con fuego, era suyo.

El aire nunca abandonó su olor a humedad salina, similar al de las vasijas de cobre que desbordan rubíes y amatistas, peculiar de las mezquitas en Túnez. De repente la brisa trajo a sus narices un aroma familiar ¡Imposible! Primero les vino el gozo, luego la incertidumbre. En otra circunstancia ese olor les guiaría hacia algún lugar poblado, pero en estos momentos ese aroma con macadonia y pan recién horneado, entendieron que no sabían dónde estaban, pero que no estaban solos. Algo o alguien, los acechaba entre la maleza y si los atacaran de cualquier forma perderían. De un grupo de grandes mercenarios solo quedan dos náufragos heridos. Siguieron avanzando.

Antes del atardecer, la espuma marina los volvió a recibir, crepitaron sus pasos sobre la arena. No caminaron en círculo, entendieron que habían atravesado tres brazos de tierra y estaban frente a un estero de agua tibia, dulce y tranquila. Con un pequeño cincel y unas rocas lograron abrir unas semillas de palmera, bebieron hasta saciar la sed.

Acordaron hacer guardias para salvaguardarse del acecho, aunque no sabían de qué o de quién. Les ganó el cansancio. La virgen

madre de todas las cosas, perdonó la maldad contenida en ellos por castigo de purgatorio o premio de fe. Esa playa de arena negra fue sábana gentil para su desastre, los mantuvo con vida, hasta ese momento. Ambos se durmieron. Despertaron por un nuevo movimiento emergido desde el centro de la tierra. Sin embargo, ese nuevo temblor fue un saludo matutino amoroso y beligerante ¡Habían despertado, estaban aún vivos! Se desprendieron algunos frutos de los árboles y comieron agradecidos con la madre tierra.

Esa misma mañana ocurrió un eclipse. El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

RELATORÍA DEL PRIMER ENCUENTRO

En lo descrito por Sir Roland, podemos percibir el miedo de los náufragos, cuando a la quinta jornada hallaron un asentamiento, cuatro o cinco chozas. Eran hombres de piel muy oscura, sin llegar al tono negro de los esclavos africanos, portaban prominentes barrigas, ojos redondos y oscuros, de nariz ancha, pelo crespo, todos de baja estatura, pero de manos curtidas por armas de civilizaciones rupestres.

Francisco de Mendizábal y Simón Van Herpen se colocaron en posición de batalla, cuerpo a cuerpo. Cortaron el aire con el filo del acero, barrieron con saliva el dedo índice para medir la velocidad del viento, datos difíciles cuando las falanges se miran a simple vista. Ya se habían enfrentado contra docenas de nativos incapaces de entender las buenas intenciones de las espadas, no tuvieron miedo más bien, les invadía la incertidumbre.

Un estruendo galopó dentro de sus oídos. Cayeron en sus coronillas cientos de pequeñas

piedras y un sol ardiente. Escucharon un canto feroz de guacamayas diluyendo un sonoro rugir de tambores. La vejiga de ambos se vació por completo inundando sus botines. Cayeron de rodillas por el peso de las espadas. No cesaba la lluvia de rocas sobre ellos. Simón miraba el piso con ojos desorbitados, nunca nadie había visto miedo ni lágrimas en sus pupilas azules. Lloraba no por morir, sino por no morir peleando.

Una explosión detuvo a todos. Un gran rayo partió en dos una ceiba gigante, volaron sobre sus cabezas cientos de pequeñas aves de todos tamaños y fueron abrazados por miles de hojas quemadas en tórpida lluvia de vegetación multicolor imposible de esquivar. Los brazos de los nativos descansaron por voluntad del estruendo. Un segundo trueno ensordeció a cazadores y a sus presas.

La espalda de Francisco fue golpeada por una gran roca, luego un delgado velo carmín cubrió sus ojos. Los Mendizábal decían que la sangre y los espermatozoides necesitaban ser renovados, porque de mantenerse encerrados, provocan amargo aliento al levantarse y nada había más placentero para ellos, que ver chorrear sangre enemiga por el filo de la espada: “Cuando

se arranca una vida, es como fabricar un arcoíris con el brillo de la daga y eso ilumina la oscuridad en los ojos”, epitafio de la dinastía Mendizábal.

Francisco suspiró al recordar que nadie había sobrevivido al feroz pequeño ejército de El Vasco. Miró a todos lados, solo quedaba Simón y él, tirados, ensangrentados. Suspiró y gritó tan fuerte que levantó sus andrajos, corrió hacia adelante con la espada en la mano, Simón hizo lo mismo. Avanzaron apenas unos pasos en medio de esos hombres de estatura mediana, Francisco ensordecido y Simón con el tórax manchado por la sangre que brotaba de su prominente barbilla. Blandieron espadas hasta que un certero golpe en las rodillas los puso de bruces sobre el fango.

Mientras a esa tierra salvaje le habitaba un bello atardecer, dos sombras ataviadas con chalinas de plumas brillantes recogieron un poco de sangre y la mezclaron en una vasija junto a un mechón de pelo que les arrancaron a cada uno de un fuerte tirón. Luego, como quien cosecha una uva a punto de caer del racimo, extrajeron un diente de la boca de Simón. Los nativos se miraron entre ellos.

Antes de perder el conocimiento, Francisco Mendizábal recitó en latín un salmo, su hermano El Vasco siempre decía que “quien con fervor reza en su último minuto la virgen madre, le brinda otra oportunidad”.

TRANSCRIPCIÓN DE LA PRIMERA
CARTA DEL ANEXO "B" DE
LOS LIBROS VIAJEROS

Enero 12 de 1496

La nuestra fue una gran derrota poco digna de contar y para los nativos, significaba un desperdicio de pigmentos en sus códices. No pregunté acerca de la suerte de Simón, pero intuía que también estaba vivo. El día que nos capturaron, esa pared de músculos les pareció poca cosa cuando brotó sangre, tan roja como la de ellos.

Me ofrecieron conservar la vida, alimentos, dos mujeres y una casa cerca del caudaloso río a cambio de conocimientos relacionados a la guerra y la fabricación de armas. Así pasé de ser cautivo de guerra, a huésped del Potonchán, tres millares de hombres, otro tanto más de mujeres que conocían a la perfección el dominio del agua, envidia de toda la Venecia y la Ámsterdam juntas.

** * **

Han pasado veinte años de ese día, aunque no estoy seguro del tiempo exacto que ha transcurrido. Mi cabello y mis gruesas cejas se han argentado, el sol abrazó mi cuerpo tostando la piel, pero no cambió el azul en mis ojos. Aquí no he conocido el invierno, he grabado el ardiente sol en mi torso. Tuve veinte hijos y pronto, un

vigésimo nieto. Impregné mi lengua con su lengua y ellos la suya con la mía. He defendido mi casa y a su pueblo, mi gran casa, mis mujeres y a sus parientes.

A poco de nuestra llegada a estas tierras, los nativos dedicados con fervor a corroborar sus profecías, estaban muy nerviosos. En su calendario, La Virgen del Carmen naufragó en el año uno conejo y a pocos años de ello, se habrían de tornar carmín todos los afluentes y muchas tribus sentirían arder sus lenguas. Una noche, repicaron los grandes tambores, para informar que alguien, nuevamente, había surgido del mar. Estoy seguro que los enviados entendieron el idioma de los nuevos visitantes, yo mismo les había enseñado el castellano, pero esos visitantes sólo entendían el diálogo del filo de sus espadas.

Cuando vi la primera armadura reluciente resaltar el torso de los soldados venidos del mar, cuando escuché el sonar de cascabeles de las patas de aquellos alazanes que levantaban el polvo con elegancia, lloré y de primer momento quise aventurarme a besar esas crines recién peinadas, pero al ver la primera cabeza nativa abandonar su cuello, desbordó mi rabia. Me enfureció que alguien civilizado viajase tantos kilómetros para verter su miseria en alguna otra parte. No se puede entender a quién disfruta bañar sus manos de sangre solo por diversión.

No nos superaban en número, pero sí en estrategia, nuestros enemigos se unieron a su causa. Un mes tardaron en llegar a nuestras tierras y en el momento que el capitán Trueba Romero intentó desvainar su espada, de manera sorpresiva apareció Simón Van Herpen con sus dos metros de piel ahora arrugada y negrísima de tanto sol. Aún conservaba la firmeza muscular característica de la raza vikinga y con sus manos aún hábiles en el manejo de la daga, cortó el cuello del invasor. Simón y yo nos miramos a los ojos, sorprendidos de lo que el tiempo bondadoso había hecho con nosotros. Nos dimos un abrazo. Lloramos juntos y huimos con nuestras familias hacia los pantanos protegiendo a los nuestros. Dejamos que tomaran la ciudad y las cosas materiales, así ganamos tiempo.

Antes de perder de vista el pueblo me detuve y al ver mi hogar incendiado, tuve escalofríos. Apreté la empuñadura de mi daga y sentí que eso que ya lo había vivido, pero con los ojos de mis enemigos de cuando yo era un miserable.

TRANSCRIPCIÓN DE LA SEGUNDA
CARTA DEL ANEXO "C" DE
LOS LIBROS VIAJEROS

Agosto de 1514

Yo, Mijk-Tlael, hijo mayor de Francisco De Mendizábal, el día que cumplí veintitrés años, tropecé varias veces con raíces de macuilís que asoman por los caminos. Sangrantes quedaron mis rodillas, mis tobillos. La espuma escarlata que brotó de mi piel, dejó un rastro que sirvió de guía a quienes detrás de mí también escaparon de la barbarie. Todas nuestras lágrimas deseaban apagar el incendio e impregnar de nueva vida a la maleza carbonizada postrada a nuestro alrededor, pero hay deseos que son imposibles de invocar.

Avanzamos varios días sin detenernos. En la madrugada que inició el fin del baktún 10, a mi padre le brotó un riachuelo rojo intenso de los oídos, de la boca y de la nariz. Primero se estremeció su cuerpo y luego, la madre tierra anunció con un leve temblor, que se cumpliría lo que habían anunciado los sacerdotes. La fuerza contenida en la savia roja que alimentó su espíritu y a las ramificaciones de su ombligo, lo abandonó al amanecer. El cabello plateado se le volvió negruzco por un instante. Su cuerpo cayó al suelo como una hoja seca de macuilís, el fondo de sus ojos se quedó sin luz. En sus

dedos habitó un azul intenso para recordarnos que los hombres valientes antes de morir, se dan el tiempo para señalar los sitios donde no retornará la sangre caliente. Mi madre se colocó a un lado del cuerpo inerte y con una punta de jade tallada filosamente, pinchó su palma de la mano izquierda por donde escaparon sus últimos temores cumpliendo así, la tradición de demostrar que en la muerte del cónyuge, se le ama hasta con la sangre. Ella derramó solo una lágrima. Se levantó y entonces, empuñó la daga de su esposo para convertirse en la primera mujer guerrera peleando por no ser conquistada y en ser la última en caer.

Francisco de Mendizábal, mi padre, murió en mis brazos.

Antes de adelantarse al inframundo, me ordenó salvar del enemigo su bella caja de madera, único secreto no revelado de su antigua vida. No hubo tiempo de poner su cuerpo bajo tierra, unas cuentas piedras y unos cinco “atados de ocote”, sirvieron de urna para cremar su carne, así evitamos que su alma fuera mancillada con el hambre de los buitres.

Conduje a quienes me acompañaban a buscar refugio en las orillas de los manglares, cerca de los pantanos. Ahí encontramos una veintena de hombres con sus mujeres e iniciamos la última gran batalla: sobrevivir a nosotros mismos.

Así, estas cartas son mi testimonio que he escrito en este viaje huyendo para salvar a mi gente, historia apenas nada, comparada con las fantásticas vivencias que tuviera mi padre cuando navegaba por los mares a bordo de su gran navío.

CONFESIÓN

Yo, Arnulfo del Carmen, quien redacta esta historia, quería ser marinero para conocer el mar. Pero nací en una familia que bailaba a diario al ritmo de la miseria, y solo alcanzó para cursar hasta el quinto primaria. Llegué a este mundo unos años después de haber empezado el siglo veinte. Pañales de manta deshilachada me recibieron en medio de un hospital ardiendo por las cenizas avivadas de la revolución.

En el poblado de San Buenaventura, mis doce hermanos y yo, temíamos a los truenos, nos resguardábamos bajo los cartones que servían de catres cuando las tormentas arremetían contra la casucha de madera. Las frágiles láminas eran arrastradas por aquellas bofetadas de viento tropical. Tres o cuatro veces al año salíamos recoger el techo de la casa dispersado por la ranchería.

Siendo el más pequeño, me quedaba en casa mientras los demás salían al campo. Una tarde de mayo, un poderoso rayo partió a la mitad

el árbol donde mis hermanos y mi madre jugaban. Esa noche mi padre regreso más sucio y más cansado que de costumbre.

Pero no entendí el significado de la tristeza hasta que dos balas perdidas me dejaron huérfano. Los vecinos guardaron mi mala suerte en un orfanatorio del cual, no fue difícil escapar. Dejé adoptarme por la calle y a los ocho años ya cargaba en el hombro una carabina de cuatro tiros. Fui el joven más fiero de las últimas filas de un ejército desarrapado. Cumplía 19 años cuando el destino me involucró en el desalojo de una iglesia. Extraño es mi relato, pero, sustraer objetos de valor de las iglesias fue muy placentero. Si alguna vez creí en Dios, en ese lugar y con monedas en los bolsillos, mi fe en él se vino abajo.

Un día disparé directo al corazón de un sacristán, dicen que el mismísimo general Tomás Garrido Canabal, de casualidad pasaba por ahí, y aplaudió mi vacía mirada cuando jalaba del gatillo. Sin buscar o desearlo, al día siguiente estaba al frente de la fracción joven de los “camisas rojas”. Mi obediencia, lealtad y firmeza en cada tarea, me convirtieron en un ambicioso miembro del grupo élite del General. Supe que él me vigilaba de cerca.

Apenas tres meses y me sorprendió la rapidez con la que crecía en mí la rabia. Nunca nadie me vio derramar una lágrima. Me asignaron desalojar todos los templos religiosos para que en ellos se erigieran escuelas racionalistas. Ya era un hombre y mi ambición, superó la del tutor. Me gradué en matemáticas sumando muertos. La vida se resumía en mantener a salvo la mía. El general Garrido al darse cuenta que gracias a mí, contaba con un gran tesoro formado de todos los objetos religiosos robados, me ordenó cuatro encomiendas: incendiar el Cristo negro de Esquipulas, destruir la Virgen traída por Hernán Cortés, enterrar el tesoro sobrante en iglesia de Copoya y luego incendiarla para justificar la desaparición de todo lo demás, pero no pude hacerlo, desobedecí y coloqué todo, en un nuevo escondite.

Un día, Fray Rodrigo Scattel, último clérigo en la ciudad me dio un incunable “Los Libros Viajeros” y me contó, para salvar su vida, la historia acerca de la diadema de Llywelyn ap Gruffydd, de una imagen bañada en oro de la Santa María de la Victoria y de dos clavos verdaderos del Joshua Nazareno. No le creí del todo, intuí que era fantasía de moribundo, sin embargo, me envileció la idea. Si hallaba “eso”, sería un hombre inmensamente rico.

Empecé mi nueva tarea y en la iglesia de Guapinol, Macuspana, vi que La Virgen de los Milagros era diferente a todas las demás copias que había destruido: la mano derecha, no la izquierda, señalaba hacia el Este y había grabada en la palma una flor de Liz. El dibujo brillaba cuando apenas le acariciaba el sol y entonces, asalté cada templo y ermita desde ese punto y en línea recta, hasta que llegué a una pequeña capilla a orillas del mar. Abrí nuevas veredas entre la espesa vegetación y llegué a la capilla de la Santa Cruz, una madrugada de diciembre. La pequeña puerta de pino no ofreció resistencia. A la derecha del púlpito, una figura de la Virgen de los Milagros, señalaba una estrella en el piso, rompí el granito a golpes de mazo y de ahí, extraje una carta con un sello de roja cera, un manojo de mapas firmados por Vespucio, una copa dorada y una caja de fina madera de tenue aroma a olivo. Abandoné de inmediato el estado y viaje por todo el país por unos meses, cambié algunas joyas por efectivo y hoy, aún no sé porque, regresé a Tabasco.

La mitad de mi tesoro lo escondí en una guarida a 44 kilómetros de Villahermosa, a las orillas de la ciudad fundada por los indígenas de Teapan y Tecomajiac. Todo estaba bien, hasta que los conflictos en el estado sobrevinieron uno tras otro: los movimientos sociales alrededor de la expropiación petrolera me impidieron abandonar la ciudad y la nueva administración municipal, cobijada por el abrazo del gobierno paternalista de Cárdenas, confiscaron legalmente mis bienes, ranchos, cabezas de ganado, fincas plataneras.

El nuevo régimen me arrebató casi todo y un día, desperté siendo dueño únicamente de una modesta casa a orillas del río, ahí donde había colocado con anticipación el resto de mis tesoros y una semana después mi único hijo falleció de tuberculosis y mi tercera concubina de tristeza. En el funeral de mi vástago, una gran tormenta llenó de lodo el hueco donde debería ir el féretro, tardaron diez horas en drenar el hueco mortuorio. Regresé abatido a casa. Debajo de la escalera, en una puerta secreta, escondidos en un baúl estaban mis tesoros que en ese momento valían apenas nada. Me dirigí hacia la capital esperando a que se tranquilizaran las cosas con los cardenistas.

**

Han pasado muchos meses de aquello y aún no he podido regresar. Mi casa donde aguarda mi tesoro fue hecha primero oficina para cobrar el impuesto bananero, después un Centro de Salud del IMSS-Coplamar y luego, destruida por el poderoso río ya que el efecto barreno de la corriente, derribó cimientos y la casa, se hundió dos metros bajo el agua.

Por todo lo verdadero que he narrado y arrepentido de mis actos, yo, Arnulfo del Carmen, dejo este mapa, para que los bienes sean rescatados y repartidos a quien lo necesite. El lugar exacto donde se encuentra sumergida la habitación secreta que guarda mis tesoros, está en... (el texto aquí, junto a la imagen del posible mapa ha sido arrancado)

EDMUNDO JUÁREZ
(MÉXICO, 1969)

Promotor Cultural. Fue coordinador del Taller Infantil de Teatro del ISSTECH (1991-92); director de la Casa de Cultura en Mitontic, Chiapas (1992-95); responsable del Programa de Teatro Popular del INEA (1994-1996). Tiene publicado: *Prajejimes*, cuentos para enanos (2001); *Semanario* (2000), *Mujeres de Arena* (Premio de poesía José Carlos Becerra 2002), *Rebambaramba* (2011), *Este año* (2015), *Espuma* (2016), Su obra ha sido incluida en las antologías: *La mujer rota* (2008), *El Libro verde*, (Cuba-México, 2010), *A la orilla de doradas márgenes* (Chile-México, 2011), *Ensueños* (Lluvia de Pájaros (texto finalista del concurso internacional de poesía L.A.I.A., NewYork, EEUU, 2014), *Textos Independientes de la Independencia* (Editorial IP, 2016), *Tinta Savia* (LyVT México 2018) y *Apassionata*, literatura motelera contemporánea (Editorial-IP/Tr3sSoles/RutaMuseal 2019). Sus ensayos *Educación y dispositivos móviles* e *Inspira Profundo*, fueron incluidos en las *Memoria del 2º y del 3er coloquio de Lectores en la era digital-book+E-book* (UJAT, Tabasco México 2015 y 2016, respectivamente). En 2015 fue beneficiario del Programa de Apoyo a Proyectos Culturales del CONACULTA por el proyecto “Caja de Luz”; en 2016 del Programa de Apoyo a Públicos Específicos por el proyecto “Bibliotecas en Hospitales”, en 2017 por el programa *Alas y Raíces* por el proyecto “Literatura erótica para el fin del mundo” y en 2018 por el proyecto “Tilico Lico, literatura para hablar de violencia infantil”. Fue responsable del programa “Semilleros creativos” de la Secretaría de Cultura en el municipio de Jalpa de Méndez. Su cuento *Cuarenta y Cuatro Grados* obtuvo el “1er Premio de narrativa “René Avilés Favila 2016” (UJAT, SELyVT). Redacta la columna **RECUENTO DE LOS DAÑOS** en el diario *Ahora Tabasco* desde el 2020.



La verdadera historia del asentamiento primero del hombre de la tierra lejana en el imperio de Tavasco de Edmundo Juárez, se terminó de imprimir en los talleres Yaxol, en Cárdenas, Tabasco. El día 17 de noviembre de 2023. La coordinación editorial estuvo a cargo de Luis Alberto López Acopa. Diagramado Ivanna Gabriela Guadarrama Javier y diseño de portada Alessandra Paola Jiménez Brabata. Se imprimieron 500 ejemplares.